

HOMENAJE A ELENA MORENO

---

---

Por: Maruja Cifuentes.

---

Tendría algo así como quince años cuando conocí a Elena Moreno en Gath y Chaves; la más famosa tienda de aquella época. En uno de sus pisos estaba el salón de té, no recuerdo quién organizó el acto de variedades que consultaba cantos, recitaciones y sketches, sólo recuerdo uno en que Elena era una profesora de traje sastre, anteojos y moño de cuete.

Era tal su gracia, su encanto, su entusiasmo que los que hacíamos de alumnos nos reíamos tanto como los asistentes del local. Y luego escucharla cantar acompañada de su guitarra era otro festín. Nunca he escuchado cantar "El Rodeo" con más alma y con más sabor a chilenidad como lo hacía Elena en ese entonces. Electrizzaba al público que la aplaudía de pie. Desde aquel día la admiré profundamente. Así soñaba yo que debía ser una artista. Darse entera sin reservas y eso era lo que ella hacía. Nunca imaginé que con el correr del tiempo compartiríamos por años el mismo camarín, que viajaríamos juntas en tantas giras, que recorreríamos en amable camaradería calles, parques, plazas, museos y cuanto constituye un

enriquecimiento para la mente y el espíritu. A su lado se aprendía tanto no sólo en lo artístico sino en lo humano. Quienes tuvieron la suerte de tenerla junto a sí en alguna temporada no cabe duda que aprendieron a valorar y disfrutar todo lo que Dios nos ha regalado. Como actriz fue, para la nueva generación, un ejemplo valiosísimo. De estatura menuda, modesta y sencilla hasta la exageración, podríamos decir, casi insignificante, en el escenario se transfiguraba, lo llenaba con su ángel, su talento y su vehemente entrega hasta adquirir una estatura gigantesca, conquistando al público con una facilidad envidiable. Cuál era el secreto? Honradez, a-mor entrañable y vocación.

Como mujer tuvo la grandeza de todos los seres que aman a Dios y a su prójimo, sin mezquindades ni envidias, que no necesitan cubrirse de ropes porque su belleza y su valor está dentro de ellos mismos, y Elena prodigó sus dones sin reservas.

La recuerdo en París, en la gira del Teatro de Ensayo de la Universidad Católica a Europa. Con su prisa de siempre, el día de nuestra llegada, no pudo resistir el deseo de conocer el barrio Latino y las riberas y puentes del Sena. La noche, el frío, la humedad la causaron una neuritis que la postró. El día de nuestra presentación en el Teatro de las Naciones, no pudo asistir por la tarde al reconocimiento de escenario. Pero en la noche, a la hora de la función, apoyándose en nuestro brazo llegó al Teatro y cumplió la más brillante de sus actuaciones, conquistando una vez más al público. Así era de responsable la mujer y la actriz.

Se podrían contar tantas cosas de su vida inquieta y laboriosa que se prodigaba in fatigable en el teatro, el canto, la música y al quehacer hogareño. Esa vida que cubrió todo un ciclo del Teatro Nacional, pero esa tarea es para los que escriban la historia de las grandes figuras que dieron gloria a Chile. Yo sólo me limito a recordarla con gran cariño y con profunda tristeza por su ausencia, pero con la certeza de que allá la aguardaba un lugar de privilegio, tal vez el que debió ocupar aquí.

-----oOo-----